



Col·lecció
INSTRUMENTA



LA MONARQUÍA ROMANA ARCAICA

Jorge Martínez-Pinna Nieto

Publicacions i Edicions



UNIVERSITAT DE BARCELONA



LA MONARQUÍA ROMANA ARCAICA

Jorge Martínez-Pinna Nieto

Publicacions i Edicions



UNIVERSITAT DE BARCELONA

U

B

ÍNDICE GENERAL

Introducción	9
1. Conceptos preliminares	11
2. Fundamentos del poder real	21
3. Ejercicio y significado del poder	63
4. Bibliografía	111
Índices	
- analítico	127
- de fuentes clásicas	129
-de fuentes epigráficas y papirológicas	136

INTRODUCCIÓN

Este libro no pretende ser una historia de Roma en el siglo VI a.C., sino en todo caso un intento de interpretación de la misma. Como hilo conductor toma la evolución que experimenta la institución monárquica durante los reinados de sus tres últimos representantes, de acuerdo con la lista tradicional. A nadie se le oculta, incluyendo la misma tradición, que la realeza romana cambia notablemente a partir de Tarquinio Prisco, cuando Roma llega a definir una estructura cívica. Las transformaciones que entonces se producen afectan desde los fundamentos ideológicos del poder hasta el ejercicio del mismo, modificando asimismo su significado tradicional.

La tendencia dominante en la crítica moderna asimila los últimos reyes de Roma a la imagen del tirano. Es objetivo principal de este libro alertar contra tal identificación, pues aunque a primera vista pueda resultar apropiada, conduce en numerosas ocasiones a un exceso en la interpretación. En última instancia Roma se convierte en una “provincia política” de Grecia, en el sentido que su evolución histórica se plantea paralela al arcaísmo griego, como de hecho –y por desgracia– sucede con frecuencia en el estudio de la historia etrusca. Y esto en modo alguno es aceptable, pues distorsiona la visión general.

Aunque los antiguos hicieron recaer sobre Tarquinio el Soberbio todos los males de la monarquía, lo cierto es que en la propia tradición hay suficientes elementos para pensar que la degradación de la institución monárquica comenzó con el primero de los Tarquinios. Y en efecto, los reyes del siglo VI asumen progresivamente un carácter más personal que institucional, si bien todos ellos debieron buscar el respaldo de la tradición a través del ritual de investidura, que va perdiendo su esencia originaria para convertirse en una mera formalidad jurídica. Pero esto es suficiente para otorgar a todos y cada uno de ellos la etiqueta de legitimidad, aunque los dos últimos hubiesen accedido al trono haciendo uso de la violencia y por tanto con tintes de

usurpación. No obstante, las diferencias entre los reyes romanos y los tiranos griegos son mayores que las semejanzas, incluso en el ejercicio del poder.

Por ello no deja de ser relevante, como característica de esta nueva época, la actitud del patriciado. Este no actúa como un bloque monolítico, sino que aparece dividido en facciones cambiantes, a tenor de las relaciones con el monarca que entonces ocupa el poder. Ninguno de los reyes del siglo VI alcanzó el trono con el pleno consenso de los *patres*. Se trata por tanto de una monarquía inestable, sostenida por la acción del rey y del grupo que le apoya, pero amenazada por continuos vaivenes. Así, y al contrario de como pretende la tradición, la historia de la última fase de la monarquía no se representa como una línea continua y ascendente, bruscamente interrumpida por la tiranía del último de los Tarquinios. Más adecuada es quizá aquella otra interpretación que contempla una alternancia en el poder (con Servio Tulio entre los dos Tarquinios) que sucesivamente se va radicalizando en algunas de sus manifestaciones, hasta alcanzar con Tarquinio el Soberbio una situación insostenible. En consecuencia, el surgimiento de la República viene a ser producto de la progresiva degradación de la monarquía, pero también de la incompatibilidad de principio entre el *regnum* y la *civitas*.

La presente obra es fruto de una larga trayectoria de trabajo sobre la Roma arcaica desarrollada por el autor. A pesar de ello, sus conclusiones siguen siendo provisionales, siempre pendientes no tanto de un incremento del caudal de información, como sobre todo de nuevos planteamientos metodológicos que ayuden a comprender mejor tan interesante como oscura época. Por último, es obligado señalar que su redacción ha sido posible gracias a la ayuda financiera prestada por el Ministerio de Ciencia e Innovación (proyecto nacional HUM2005-1590) y por la Junta de Andalucía (grupo de investigación HUM-696).

Málaga, octubre 2008

1. CONCEPTOS PRELIMINARES

Con los términos de monarquía arcaica se designa la segunda etapa del período real en Roma, que comprende los reinados de los tres últimos reyes según la lista tradicional, es decir Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio. Con esta separación no se trata en modo alguno de reconocer en todo su valor aquella antigua división, en referencia a Roma, que diferenciaba entre monarquía latino-sabina y monarquía etrusca, pues en modo alguno puede hablarse de una transformación étnica en la sociedad romana, ni siquiera en su clase superior. Roma fue siempre una ciudad latina y romanos fueron la totalidad de sus reyes, si bien algunos pudieran tener un origen extranjero. Pero a la vez, no cabe duda que el siglo VI constituye en Roma una época singular, más distante quizá de la fase monárquica que le precede que del período republicano que le sigue.

Para los antiguos, sin embargo, toda la historia de la Roma monárquica constituye un conjunto unitario y hasta cierto punto coherente. Su visión se ajusta en gran medida a la imagen de una línea ascendente, que tiene lógicamente su punto de partida en Rómulo y su acción fundacional, encontrando en Servio Tulio su momento culminante, para caer bruscamente con el último de los Tarquinios. En su condición de rey fundador, Rómulo es presentado como el creador de la *civitas* en sus estructuras fundamentales, ya que como es sabido, y según la mentalidad de los antiguos, toda civilización debe tener su origen en un medio urbano¹. Así pues, Roma nace como ciudad en el momento de la fundación, con todos sus elementos esenciales ya definidos. En consonancia con esta idea, todas las instituciones que se suponían de antiquísimo origen eran atribuidas a Rómulo, quien es envuelto en la apariencia de un *oikistés*, y todo se inicia con él: la primera constitución política, fundamentada en la figura del rey, en el Senado, en las treinta curias y en las tres tribus; el más antiguo ordenamiento social, basado en la partición del cuerpo cívico en patriciado y plebe; la

¹ Véase M. MESLIN, *L'homme romain*, Paris, 1978, p. 34.

primera formación militar, estructurada en las curias y en las tribus y constituida por tres mil infantes y tres centurias de caballería; la base económica de la población, con la institución del *heredium*, e incluso los inicios del imperialismo, con la primera expansión territorial, resumen en lo esencial la obra de Rómulo, además naturalmente de la propia fundación física (y ritual) de la ciudad.

La acción de los restantes reyes se centra en lo fundamental en continuar, perfeccionándola y agrandándola, la creación de Rómulo. Como dice J. Poucet, «l'ensemble de cette tradition [sobre los reyes de Roma] se présente comme un immense récit de fondation»². Numa Pompilio, en primer lugar, asume él también connotaciones fundacionales, pues si la obra de Rómulo quedó en algo incompleta, fue precisamente en el ámbito religioso. Numa se ofrece entonces como auténtico sistematizador de la religión pública, no tanto en el aspecto cultural como sobre todo en el organizativo, especialmente por lo que se refiere a sus dirigentes (sacerdocios) y a su estructura temporal (calendario). La imagen del piadoso Numa quedará fijada como un arquetipo de religiosidad y pacifismo. Sus inmediatos sucesores, Tulo Hostilio y Anco Marcio, destacan principalmente por su actividad exterior, ensanchando los límites de Roma que había fijado Rómulo: así, Tulo se convierte en el protagonista de la destrucción de Alba Longa, con lo cual asienta definitivamente la hegemonía romana sobre el Lacio, según un proceso que ya había iniciado el mismo Rómulo; por su parte, Anco abrió la ciudad al mar con la fundación de Ostia y la extensión del territorio romano por la orilla izquierda del Tíber.

Con la entronización de Tarquinio Prisco el tono del relato analístico cambia³, sugiriendo que entonces se producen en Roma modificaciones de no escaso calado, aunque en realidad la tradición analística no llega a transmitir en todo su significado las transformaciones que tienen lugar durante esos años. La acción de este rey se concreta por una parte en una activa política exterior, continuación de la obra de sus antecesores, y por otra en una serie de reformas que afectan a las instituciones creadas por Rómulo, aunque sin variar su esencia, limitándose a incrementar el número de sus componentes. Aun así, se apuntan datos de no escaso interés, como aquellos relativos a la llegada a Roma y acceso al poder de Tarquinio y, en el extremo opuesto, al fin violento del monarca, aspectos que en cierta medida suponen un distanciamiento de la situación general en la época anterior y a la vez anuncio de lo que se impondrá en lo sucesivo. También se encuentran en el texto de los analistas algunas leves referencias a iniciativas de Tarquinio de gran significado histórico, como el papel de este rey como primer urbanizador del Foro o la introducción de los *ludi magni*, así como algunas otras en las que entra en competencia con Rómulo en cuanto al protagonismo de su innovación (triumfo, insignias del poder)⁴. Pero en general, la impresión que se obtiene a partir del relato de los antiguos es más de continuidad que de ruptura.

A los ojos de la tradición, el período regio alcanza su época de esplendor con el reinado de Servio Tulio. Este rey es presentado ante todo como un gran legislador, creador de un nuevo esquema organizativo para la sociedad romana que se sitúa en la misma base del régimen republicano. Se trata, en síntesis, de la introducción de un sistema censitario que implica la clasificación del cuerpo cívico, según la riqueza, en clases y centurias. A partir de aquí, cada ciudadano tiene su puesto en la política y en el ejército, que se adapta a los criterios del hoplitismo. La reforma de Servio se completa

² J. POUCKET, La fonction fondatrice dans la tradition sur les rois de Rome, en *L'invention des grands hommes de la Rome antique*, Paris, 2001, p. 195. Véase asimismo B. MINEO, *Tite-Live et l'histoire de Rome*, Paris, 2006, p. 175.

³ Cf. M. FOX, *Roman Historical Myths*, Oxford, 1996, pp. 127 ss., en relación al texto de Livio.

⁴ Me permito remitir sobre el particular a J. MARTÍNEZ-PINNA, Dionisio de Halicarnaso y la tradición sobre el fundador de Roma, *Pallas*, 39, 1993, 87-110.

con la creación de nuevas tribus, en sustitución de las antiguas, como cuadro imprescindible en la perfecta definición del ciudadano, desde el momento que su condición como tal queda vinculada a su adscripción a una tribu. Esta nueva organización se superpone a aquella establecida por Rómulo como armazón institucional del Estado, si bien las tres tribus primitivas y las treinta curias no desaparecieron. Tal es la importancia de su actividad legislativa, que Servio es señalado como nuevo fundador de Roma, pues su obra rebasa el propio régimen monárquico para convertirse en el esquema político-social de la República. Y aquí es precisamente donde, en última instancia, descansa la consideración de esta época como cénit de la monarquía, en cuanto que paradójicamente el propio Servio viene a encarnar al primer republicano. No en vano la tradición le saluda como instaurador de la *libertas*, que como veremos más adelante, no puede entenderse sino en el sentido que este concepto tenía en la República. Pero no sólo en el interior; también la política exterior de Servio supone un paso más en el proceso de asentamiento del poder de Roma. No deja de sorprender el hecho de que a pesar de no ser un rey especialmente guerrero⁵, Servio consiguió que los latinos reconociesen la hegemonía romana convenciéndoles sólo con sus palabras, sin necesidad de acudir a las armas: el acuerdo se materializó en la construcción del templo de Diana en el Aventino, símbolo religioso de la unidad de los latinos. De esta forma Roma certificó en el plano político-religioso una superioridad que hasta entonces sólo se había expresado a través de la fuerza.

La serie de los reyes se cierra con Tarquinio el Soberbio, cuyo reinado significa un brusco cambio de rumbo en la evolución de la monarquía, ahora en un sentido claramente descendente. Si Servio encarna lo mejor del ideal monárquico, Tarquinio representa la cara opuesta. Livio lo expresa muy claramente al decir que fue el primer rey en gobernar de espaldas al Senado y al pueblo, en contra de la tradición de sus antecesores, tratando los asuntos públicos como si fuesen privados, rodeado de consejeros de su elección⁶. Esta imagen tiránica conduce a que los antiguos no contemplasen con buenos ojos incluso aquellos aspectos más positivos del reinado de Tarquinio, pues tales logros habrían sido conseguidos con malas artes, muy alejados por tanto de los valores tradicionales. En este sentido, destaca con total acierto P.M. Martin la tendencia de la analística a minusvalorar los éxitos de Tarquinio, de forma que su extraordinario programa urbanístico sólo se pudo realizar esclavizando a la plebe, la adquisición de los libros sibilinos reflejaría la ceguera y empecinamiento del monarca y su brillante política exterior se basó en el engaño⁷. La tradición materializó sobre Tarquinio el *odium regni*, destacado soporte de la ideología republicana, de manera que, según las palabras de Tiberio Graco recogidas en Plutarco, la monarquía cayó más por odio al rey que no al régimen que personifica⁸. Desde la perspectiva tradicional, la ilegitimidad de Tarquinio queda bien patente al comparar los prodigios referentes a este monarca con los de sus antecesores. Mientras aquellos que afectan a Tarquinio Prisco y a Servio Tulio son presagios de realeza⁹, los relativos a Tarquinio el

⁵ La gran empresa militar que la tradición atribuye a Servio se concluye en la victoria sobre una coalición etrusca (LIV., 1.42.2-3; DION., 4.27), pero su historicidad suscita bastantes dudas: cf. R. THOMSEN, *King Servius Tullius*, Kobenhavn, 1980, pp. 288 ss.; P.M. MARTIN, *L'idée de royauté à Rome*, Clermont-Ferrand, 1982, vol. I, pp. 159 ss.

⁶ LIV., 1.49.7: *Hic enim regum primus traditum a prioribus morem de omnibus senatum consulendi soluit; domesticis consiliis rem publicam administravit; bellum, pacem, foedera, societates per se ipse, cum quibus uoluit, iniussu populi ac senatus, fecit diremitque.*

⁷ P.M. MARTIN, *L'idée de royauté à Rome*, vol. I, p. 280.

⁸ PLUT., *Tib.*, 15.5.

⁹ Se trata de los prodigios del águila en el Janículo, en relación a Tarquinio Prisco, y del fuego que rodea a un Servio todavía niño. Sobre el particular, con fuentes y bibliografía, P.M. MARTIN, *Les signes de souveraineté échus aux rois de la Rome étrusque. Traditions et résurgences*, en *La divination dans le monde étrusco-italique. II* (Caesarodunum, suppl. 54), Tours, 1986, pp. 16 ss.; J. MARTÍNEZ-PINNA, *Poder y predestinación en la Roma arcaica*, en *Pouvoir, divination et prédestination dans le monde antique*, Besançon, 1999, pp. 206 ss.; N. BOËLS-JANSSEN, *Les signes de royauté à Rome à l'époque royale*, en *Pouvoir des hommes, signes des dieux dans le monde antique*, Besançon, 2002, pp. 44 ss. Sobre la cuestión se tratará en el siguiente capítulo.

Soberbio anuncian su propia desgracia, es decir el fin de su reinado y, en definitiva, la futura grandeza de la Roma republicana¹⁰. La acción de Tarquinio es tan sumamente negativa, que la única solución posible no era otra que volver a los presupuestos de Servio, pero eliminando el papel político del monarca, es decir la instauración de la República.

Aunque con diferentes planteamientos, apoyados en una documentación arqueológica cada vez más rica, las interpretaciones de los modernos coinciden en no pocas ocasiones con aspectos fundamentales de la visión tradicional. Según las distintas tendencias, en los últimos años el interés de la investigación se ha centrado principalmente en tres épocas como momentos esenciales en el proceso histórico de la Roma primitiva. Por un lado, está asentada desde hace tiempo una firme idea sobre las importantes transformaciones que experimentó Roma a finales del siglo VII y comienzos del siguiente, esto es coincidiendo *grosso modo* con los años que la tradición atribuye al reinado de Tarquinio Prisco, o en términos de cronología arqueológica, durante el período orientalizante reciente¹¹. Esta visión es en el fondo consecuencia de los avances en la investigación arqueológica que afectaron al Lacio en general, y que en el caso concreto de Roma se centró especialmente en una mejor interpretación de aquellas áreas de la antigua ciudad provistas de un mayor significado cívico (Regia, templo de Vesta, Comicio, Capitolio)¹². Así, se pudo comprobar que si bien algunos de estos cambios ya estaban en fermentación desde la segunda mitad del siglo VII, habría sido entonces, en torno al año 600, cuando adquirieron plena relevancia. La conclusión final es que por vez primera se podría hablar, en referencia a Roma, de la existencia de una *civitas*, de una estructura ciudadana tal como la entendían los antiguos, fundamentalmente en un plano institucional e ideológico¹³.

Enfrentadas a esta última, tendencias más recientes propugnan elevar la fecha en la que Roma asumió la categoría de ciudad, bien a la época de Anco Marcio¹⁴ y sobre todo a la segunda mitad del siglo VIII. Esta última interpretación tiene su punto de partida en los sensacionales descubrimientos arqueológicos realizados por el equipo de A. Carandini en la ladera del Palatino que cae hacia la Velia, especialmente el hallazgo de un muro, con una puerta protegida mediante un bastión, fechado en el último tercio del siglo VIII¹⁵. Inmediatamente fue relacionado con el *murus*

¹⁰ Recuérdense los prodigios de la serpiente que sale de una columna del palacio (LIV., 1.56.4-12), de las águilas atacadas por unos buitres en el jardín del mismo palacio de Tarquinio (DION., 4.63.2), o el sueño del rey en el que era herido por un carnero y la inmediata inversión del curso del Sol (CIC., *Div.*, 1.22.44-45, quien invoca al poeta Accio). Acerca de este último prodigio, W. FAUTH, *Der Traum des Tarquinius. Spuren einer etruskische-mediterranen Widder-Sonnensymbolik bei Accius* (fr. 212 D), *Latomus* 35, 1976, 469-503; CH. GUITTARD, *Le songe de Tarquin (Accius, "Brutus", fr. I-II S.R.F. Klotz)*, en *La divination dans le monde étrusco-italique. II*, 47-67; A. MASTROCINQUE, *La cacciata di Tarquinio il Superbo*, *Athenaeum* 61, 1983, pp. 457 ss.; IDEM, *Lucio Giunio Bruto*, Trento, 1988 pp. 13 ss.; D. BRIQUEL, *Tarquins de Rome et idéologie indo-européenne (II)*, *RHR* 215, 1998, pp. 439 ss.

¹¹ La identificación de esta fase cultural en el Lacio debe mucho a G. COLONNA, «Aspetti culturali della Roma primitiva: il periodo orientalizzante recente», *ArCl*, 16, 1964, 1-12.

¹² Una visión general del panorama arqueológico relativo a esta época puede verse en J. MARTÍNEZ-PINNA, *Tarquinio Prisco*, Madrid, 1996, pp. 42 ss.

¹³ En este ámbito tienen un especial significado las contribuciones de C. AMPOLO, *Le origini di Roma e la 'cité antique'*, *MEFRA* 92, 1980, 567-576; *Die endgültige Stadtwerdung Roms im 7. und 6. Jh. v. Chr. Wann entstand die civitas?*, en *Palast und Hütte*, Mainz, 1982, 319-324; *La nascita della città*, en A. MOMIGLIANO - A. SCHIAVONE (eds.), *Storia di Roma*, Torino, 1988, vol. I, 153-180. Pueden verse asimismo M. PALLOTTINO, *Origini e storia primitiva di Roma*, Milano, 1993, pp. 215 ss.; T.J. CORNELL, *The Beginnings of Rome*, London, 1995, pp. 97 ss.

¹⁴ Así parece proponerlo T. CAMOUS, *Le roi et le fleuve. Ancus Marcius Rex aux origines de la puissance romaine*, Paris, 2004, pp. 216 ss., 277 ss., quien asumiendo los principios de A. Carandini, habla a la vez de "l'émergence de la cité-État romaine dans le Latium, liée à l'oeuvre militaire d'Ancus" (p. 278).

¹⁵ La publicación de los resultados de la excavación se encuentra en A. CARANDINI - P. CARAFA (eds.), *Palatium e Sacra via. I*, *BdArch*, 31-33, 1995.

y el *pomerium Romuli*, concediendo plena validez histórica si no a la propia figura del fundador de Roma, sí a su obra fundacional¹⁶. A la vista de estos nuevos datos, la imagen de Roma como ciudad surge por sí misma en una fecha más o menos coincidente con aquella que le prestaba la tradición. Pero esta interpretación ofrece muchas dificultades, con algunas ligerezas metodológicas¹⁷; incluso el significado del muro todavía no se aprecia con claridad¹⁸.

Hay sin embargo un aspecto en el que la coincidencia entre antiguos y modernos es prácticamente absoluta: la revalorización de la figura de Servio Tulio. En una inmensa mayoría de los escritos actuales, Servio ocupa una posición central en la visión general de la Roma arcaica y se convierte en protagonista indiscutible de su historia. Todo parece girar en torno a su personalidad y su obra, considerada como el auténtico gozne sobre el cual se mueve en gran medida el devenir histórico del siglo VI y de comienzos de la República. Su figura es envuelta en la apariencia del tirano o del *nomothetes*, según las diferentes perspectivas, pero siempre a imagen de un modelo griego, resaltándose en cualquier caso su propensión hacia la plebe –o su oposición a la aristocracia tradicional–, en una situación intermedia entre la monarquía y la República. La consideración de Servio como el primer “republicano” de la historia de Roma no es ajena a un numeroso sector de la investigación moderna. Esta revalorización no deja de presentar a la larga un lado negativo, pues capitaliza sobre un único momento, ciertamente importante, todo el rico significado del arcaísmo romano. A la vez, se oscurece la personalidad de los Tarquinius, cuyo papel se reduce en muchas ocasiones al de meros comparsas¹⁹. Así, no puede sorprender el favor que en su momento gozó aquella opinión, por fortuna ya en gran parte superada, que veía en Tarquinio Prisco una duplicación del segundo, si no en su propia historicidad, sí al menos en sus hechos más importantes²⁰.

No hay duda de que el siglo VI define en Roma una época de gran riqueza y complejidad, caracterizada por una crisis y renovación permanentes, en una búsqueda constante por encontrar nuevas bases sobre las que sostener una estructura cívica todavía embrionaria. En este proceso interpretan su papel diferentes factores, entre los cuales es indudable que interviene una influencia greco-oriental, pero a la vez resultan quizá más determinantes los propios impulsos nacionales, de forma que no es necesario imaginar un desarrollo paralelo al que contemporáneamente experimentaban las ciudades griegas o el mundo etrusco. Pensar que las ciudades latinas, Roma

¹⁶ Pueden verse, entre otros, A. CARANDINI, *Le mura del Palatino, nuova fonte sulla storia della Roma regia*, *BdArch* 16-18, 1992, 1-18; A. CARANDINI, *La nascita di Roma*, Torino, 1997, esp. pp. 491 ss.; A. CARANDINI, *Remo e Romolo*, Torino, 2006, *passim*; P. CARAFA, La ‘grande Roma dei Tarquini’ e la città romuleo-numana, *BCAR* 97, 1996, 7-34; A. GRANDAZZI, *La fondazione di Roma* (trad. ital.), Bari, 1993, pp. 176 ss.; IDEM, Rome et sa fondation: archéologie, histoire, mémoire, en *Mites de fondació de ciutats al món antic*, Barcelona, 2001, pp. 245 ss.; IDEM, *Les origines de Rome*, Paris, 2003, pp. 79 ss.; IDEM, *Penser les origines de Rome*, BAGB 2007, pp. 40 ss.; R.R. HOLLOWAY, *The Archaeology of Early Rome and Latium*, London, 1994, pp. 101 s.; B. LIOU-GILLE, *Une lecture ‘religieuse’ de Tite-Live I*, Paris, 1998, p. 24.

¹⁷ Cf. J. POUCEY, *Les rois de Rome*, Bruxelles, 2000, pp. 165 ss.; J. MARTÍNEZ-PINNA, Reflexiones en torno a los orígenes de Roma: a propósito de interpretaciones recientes, *Orizzonti* 2, 2001, pp. 78 ss.; M. RIEGER, *Tribus und Stadt*, Göttingen, 2007, pp. 53 ss.

¹⁸ Véase sobre el particular P. FONTAINE, Des ‘remparts de Romulus’ aux murs du Palatin. Du mythe à l’archéologie, en *Images des origines. Origines d’une image*, Louvain-la-Neuve, 2004, 35-54.

¹⁹ Así, por ejemplo, el reciente libro de V.E. VERNOLE, *Servius Tullius*, Roma, 2002, donde la figura de Tanaquil sólo se comprende como un elemento de la leyenda de Servio (p. 93), o la presencia de Hércules *triumphalis* en el Foro Boario, sólo explicada a través de una supuesta relación con el mismo Servio (pp. 117 ss.), olvidando cuanto dice Plinio (*Nat.hist.*, 34.33) sobre las primeras estatuas de Hércules existentes en Roma.

²⁰ Todavía persisten reminiscencias de esta supuesta “duplicación”, especialmente en lo que se refiere a las obras de carácter urbanístico y monumental: T.J. CORNELL, *The Beginnings of Rome*, pp. 128 s.; L. AIGNER-FORESTI, *Die Etrusker und das frühe Rom*, Darmstadt, 2003, p. 131.

incluida, gozaban en el siglo VI de unas circunstancias similares a las que entonces dominaban en el mundo griego, me parece una aventura no carente de riesgo, ya que las *póleis* helenas llevaban recorrido un largo camino que Roma no había hecho más que empezar: las notables diferencias en los ámbitos político, social e institucional que se constatan entre ambos mundos en el siglo V no avalan en modo alguno la existencia de condiciones similares en referencia al siglo VI. Respecto a las ciudades etruscas, es tan escaso lo que se sabe con algo de certeza sobre su panorama político e institucional, que toda comparación con Roma no deja de ser una hipótesis prácticamente indemostrable. Así, resulta cuanto menos paradójico que partiendo del supuesto que la situación es la misma en Etruria y en Roma, se trasladen a la primera hechos exclusivamente romanos para, en un extraño viaje de ida y vuelta, justificar su presencia en Roma como muestra de una manifiesta influencia etrusca.

Es evidente que la tradición analística ha manipulado extraordinariamente su reconstrucción de la historia de Roma durante la última fase monárquica, conforme al objetivo que hemos visto hace un momento. Sin embargo, no lo es menos que también ha conservado recuerdos cuya historicidad es indudable, y que hasta cierto punto pueden servir de referencias para articular una visión global de este período. Naturalmente la prudencia ha de imponerse por encima de cualquier otra actitud, de forma que no se debe arriesgar en conclusiones en exceso detalladas, ya que la documentación no lo permite. Especial cuidado hay que guardar sobre la interpretación del material arqueológico, y huir en lo posible de buscar por esta vía confirmaciones precisas al relato tradicional²¹. Como ya he tenido ocasión de mostrar en trabajos anteriores²², la documentación arqueológica y las noticias proporcionadas por las fuentes literarias siguen caminos diferentes, se centran en campos muy diversos, de manera que resulta muy difícil, por no decir imposible, hacerlas coincidir. Necesariamente hay que buscar otras vías de aproximación, que permitan interpretaciones más ajustadas a una visión general. Estas dificultades se acrecientan en relación a la época que tratamos, al surgir casi espontáneamente la tentación de establecer paralelos entre la cronología arqueológica y la que ofrecen los antiguos sobre los diferentes reinados. Esta vía es legítima, pero peligrosa. Por una parte, los años exactos que la tradición ofrece sobre el comienzo y final de cada reinado no se pueden aceptar a ciegas, mientras que por otra la arqueología tampoco es capaz de proporcionar una cronología precisa de cada monumento, sino que lógicamente exige un margen de confianza. En realidad sólo sería posible hacer correspondencias por períodos de cierta extensión y cuando los elementos en cuestión, tanto de procedencia arqueológica como literaria, guarden entre sí suficiente relación para definir un conjunto coherente.

En esta línea, el discurso debe dirigirse a la secuencia de los reyes que transmiten los autores antiguos. La cronología tradicional de la Roma monárquica, y en especial de su última fase, constituye sin duda un interesante problema historiográfico²³, que por el momento no encuentra una solución satisfactoria desde un punto de vista histórico. Se trata de un puzzle del

²¹ Cf. J. POUSET, Les grands travaux d'urbanisme dans la Rome "étrusque", en *La Rome des premiers siècles*, Firenze, 1992, p. 216; E. GABBA, La Roma dei Tarquini, *Athenaeum* 86, 1998, p. 5 (= *Roma arcaica. Storia e storiografia*, Roma, 2000, pp. 235 s.).

²² J. MARTÍNEZ-PINNA, La tradición literaria sobre los orígenes de Roma, *Gerión* 4, 1986, pp. 332 s.; IDEM, La Roma de Anco Marcio, *Gerión* 6, 1988, pp. 39 ss.; en similar sentido K.A. RAAFLAUB, The Conflict of the Orders in Archaic Rome, en *Social Struggles in Archaic Rome*², Oxford, 2005, p. 8; G. FORSYTHE, *A Critical History of Early Rome*, Berkeley, 2005, p. 79.

²³ Puede verse al respecto el interesante trabajo de O. DE CAZANOVE, La détermination chronographique de la durée de la période royale à Rome, en *La Rome des premiers siècles*, 69-98.

que se dispone de muy pocas piezas, por lo que todo intento de reconstrucción se antoja una tarea casi imposible y en cualquier caso poco productiva. En efecto, el historiador actual no puede situarse en la misma perspectiva que uno antiguo, pues carece de sus fuentes de información y, lo que quizá es más importante, sus intereses son otros. En referencia a la época arcaica, la cuestión crucial no es otra que el vínculo parental creado entre los dos Tarquinius, que según la versión más antigua, presente ya en Fabio Pictor, era de padre-hijo y en la más reciente, que parece partir de Calpurnio Pisón, se intercala una generación, de manera que el Soberbio era nieto del Prisco²⁴. Indirectamente surgen así dos cronologías relativas diferentes sobre la dinastía de los Tarquinius, según se contemple la existencia de dos o tres generaciones. Sin embargo, la cronología absoluta no se ve afectada, pues en todas nuestras fuentes la duración de los reinados de los distintos reyes es prácticamente la misma, o en cualquier caso la duración de toda la época monárquica y el número de los reyes²⁵.

La actitud de los modernos ante este planteamiento cronológico de la tradición es en general bastante crítica, aunque con soluciones diferentes. Unos asumen lo que se podría denominar la “cronología larga”, es decir aceptar con los antiguos que la dinastía de los Tarquinius, junto a Servio Tulio, se mantuvo en Roma durante un siglo. Sin embargo, a la vista de tan largo espacio de tiempo, se considera muy probable que además de los tres monarcas que menciona la tradición hubiesen reinado otros, cuyos nombres habrían sido escamoteados por la tendencia a concentrar en el primero y en el último de los Tarquinius, y sobre todo en el Soberbio, un conjunto necesariamente más amplio. Entre estos reyes olvidados se contarían el Cneve Tarchunies representado en la tumba François de Vulci, el Arrunte hermano de Tarquinio el Soberbio, y al margen de la *gens Tarquinia*, el Aulo Vibenna compañero de Mastarna e incluso Porsenna²⁶. Una segunda solución, que parte en definitiva de aceptar la relación padre-hijo entre ambos Tarquinius, opta por comprimir las fechas inclinándose por una “cronología corta”. De acuerdo con esta visión, la entronización de los Tarquinius en Roma se habría producido probablemente en el segundo cuarto del siglo VI y su expulsión una generación después. Así, T.J. Cornell llega a respetar, pero sin una afirmación absoluta, la sucesión tradicional de los reyes y a situar a Numa a finales del siglo VII, tratando incluso de buscar cierta confirmación arqueológica a través de la Regia y del Comicio, vinculados por la tradición a Numa y a Tulo respectivamente²⁷. Invocando argumentos no muy diferentes, E. Gjerstad rebaja aún más la cronología, situando a Numa a comienzos del siglo VI y a Tarquinio Prisco a finales del mismo²⁸. Por último, no faltan quienes de espaldas a la tradición romana, ven en la Roma del siglo VI la sede de diferentes régulos o señores de

²⁴ FABIO, fr. 11a P = fr. 12 Ch (= DION., 4.6.1; 4.30.2); Pisón, fr. 15 P = fr. 17 Ch (= DION., 4.7.5). Sobre el particular, P.M. MARTIN, Le souci chronologique dans la tradition sur la généalogie des Tarquins, en *AIÓN. Le temps chez les Romains*, Paris, 1976, p. 59; L. BESSONE, La gente Tarquinia, *RFIC* 110, 1982, pp. 394 ss.; O. DE CAZANOVE, La chronologie des Bacchiades et celle des rois étrusques de Rome, *MEFRA* 100, 1988, pp. 616 ss.

²⁵ La única excepción significativa la representa Cincio Alimento, quien fecha la fundación de Roma en el año 728 a.C.: CINCIO, fr. 4 P = fr. 6 Ch (= DION., 1.74.1; cf. SOLIN., 1.27).

²⁶ Con diferentes matices, G. DE SANCTIS, *Storia dei Romani*², Firenze, 1980, vol. I, p. 369; CH. SAULNIER, *L'armée et la guerre dans le monde étrusco-romain*, Paris, 1980, pp. 97 ss.; P.M. MARTIN, Le souci chronologique dans la tradition sur la généalogie des Tarquins, pp. 55 ss.; IDEM, *L'idée de royauté à Rome*, vol. I, pp. 262 s.; C. AMPOLO, Roma e il Latium Vetus nel VI e nel V sec. a.C., en *Popoli e civiltà dell'Italia antica*, Roma, vol. VIII, 1988, p. 398; M. PALLOTTINO, *Origini e storia primitiva di Roma*, p. 204; A. GRANDAZZI, *Les origines de Rome*, pp. 90 s.; T. RASMUSSEN, The Tarquins and 'Etruscan Rome', en *Gender and ethnicity in ancient Italy*, London, 1997, p. 27.

²⁷ T.J. CORNELL, *The Beginnings of Rome*, pp. 122 ss. No muy diferente es la actitud que adopta G. FORSYTHE, *A Critical History of Early Rome*, p. 99. Ya con anterioridad, R. THOMSEN, *King Servius Tullius*, pp. 31 s., 56, se inclinaba por una cronología baja para Servio Tulio. Por su parte, y con objetivos por completo diferentes, también acepta esta cronología de los Tarquinius F. ZEVI, Demarato e i re “corinzi” di Roma, en *L'incidenza dell'antico*, Napoli, 1995, vol. I, pp. 304 ss.

²⁸ E. GJERSTAD, *Legends and Facts of Early Roman History*, Lund, 1962 pp. 50 ss.; IDEM, *Early Rome*, vol. VI, Lund, 1974, pp. 136, 142 ss.

la guerra, de procedencia fundamentalmente etrusca, que nunca llegaron a asentarse con la suficiente fuerza como para crear una dinastía²⁹.

Ninguna de estas interpretaciones resulta satisfactoria en su totalidad. El hecho de que Roma hubiese sido víctima de las sucesivas “hegemonías” etruscas no es en absoluto admisible³⁰. Ciertamente es que el mundo etrusco-latino arcaico asiste a las gestas de “condottieri”, de auténticos señores de la guerra que encabezan expediciones privadas conforme a los valores tradicionales de la aristocracia a la cual pertenecían³¹. Pero sus iniciativas chocaban con el ideal centralizador de la ciudad; su objetivo no era fundar reinos y dinastías, sino servir otros intereses, y carecían de recursos y capacidad para imponerse sobre una entidad dotada de una organización política. Hay que tener en cuenta además que por superficie y población, Roma era una de las mayores comunidades de la Italia no griega, lo cual la aleja aún más de ese papel de víctima que le otorga dicha interpretación. En segundo lugar, si nos acogemos a la antes mencionada “cronología corta” —y no veo sobre qué fundamentos puede sostenerse—, los problemas que suscita son mayores que los que intenta resolver. Baste señalar la duración excesivamente breve que se confiere al reinado de Servio Tulio³², insuficiente para abarcar toda su obra legislativa y urbanística, reproche que se puede hacer extensivo al conjunto de los tres últimos monarcas. Finalmente, tampoco se ven indicios claros sobre los reyes “escamoteados” por los antiguos³³. Carece de sentido que dando por cierta la falsedad de la tradición, a continuación se busquen en esa misma tradición elementos sobre los cuales construir un nuevo cuadro. Está claro que una invención antigua no debe ser sustituida por otra moderna.

Según creo, el problema es sobre todo de carácter metodológico, reposando especialmente en la actitud que se adopte ante la tradición. ¿Qué debe demostrarse primero, la historicidad de la lista real (limitándonos siempre a sus tres últimos representantes), o su falsedad? No hay duda de que si esta misma pregunta se plantea en referencia a una época mejor documentada, la respuesta general se inclinaría hacia la segunda opción. Aun a riesgo de incurrir en un aparente hipocritismo, creo lícito invocar el beneficio de la duda y actuar de acuerdo con nuestras fuentes. En consecuencia, y mientras no se demuestre lo contrario, no parece que la Roma del siglo VI haya conocido más reyes, en el sentido auténtico del término, que aquellos que transmite el relato de los antiguos, es decir Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio. Ahora bien, aceptar este hecho no significa echarse ciegamente en brazos de la tradición. Como indicaba con anterioridad, las fechas absolutas de los reinados son aproximadas, e incluso es posible que entre uno y otro rey haya habido un período más o menos largo de *interregnum*, no en el sentido tradicional de esta institución, sino de verdadera ausencia de poder monárquico consecuencia de la inestabilidad provocada por las circunstancias. No podría sorprender que igualmente fuera también arbitraria la relación entre los dos Tarquinios tal como aparece en cualquiera de las dos

²⁹ L. HOMO, *La Italia primitiva y los comienzos del imperialismo romano* (trad. esp.), México, 1960, p. 96; A. ALFÖLDI, *Early Rome and the Latins*, Ann Arbor, 1965, pp. 202 ss.; J. HEURGON, *Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas* (trad. esp.), Barcelona, 1971, pp. 158 s.; T.N. GANTZ, *The Tarquin Dynasty*, *Historia* 24, 1975, pp. 539 s.

³⁰ Cf. E. BICKERMAN, *Some reflections on early Roman history*, *RFIC* 97, 1969, pp. 396 ss.; G. COLONNA, *Quali Etruschi a Roma*, en *Gli Etruschi e Roma*, Roma, 1981, p. 165.

³¹ A.-M. ADAM, *Des “condottieri” en Étrurie et dans le Latium à l’époque archaïque?*, *Latomus* 60, 2001, 877-889, duda de la existencia de este tipo en cuanto “chef-mercenaire”. Aquí el término se toma en una acepción más amplia, sin relación con el mercenariado.

³² O. DE CAZANOVE, *La chronologie des Bacchiades et celle des rois étrusques de Rome*, p. 631: “Son passage au pouvoir n’a pu durer que très peu de temps – sans doute bien moins d’une décennie”.

³³ Cf. G. VALDITARA, *A proposito di un presunto ottavo re di Roma*, *SDHI* 54, 1988, 276-284; J. MARTÍNEZ-PINNA, *Tarquinio Prisco*, pp. 69 s.

versiones que señalan los analistas. Ciertamente es que en Fabio Pictor, y es el testimonio más antiguo, Tarquinio el Soberbio figura como hijo del Prisco, pero al mantener una cronología absoluta que rebasa el arco normal de dos generaciones, la corrección de Pisón es perfectamente lógica³⁴. Estas incertidumbres denuncian en el fondo que tal relación no deja de ser una invención, o en cualquier caso una suposición, sin duda para resaltar el carácter dinástico de la última fase de la monarquía romana y también –por qué no– para incrementar los elementos dramáticos que adornan el relato tradicional³⁵. Desde un punto de vista actual, la exacta relación parental que unía a ambos Tarquinius es un elemento secundario, que no debe modificar sensiblemente la comprensión general de la época arcaica. El único dato cierto, y que a la larga resulta más relevante, es que ambos pertenecen a la misma *gens*, existiendo por tanto no sólo un vínculo de sangre, sea cual fuere, sino también y sobre todo una continuidad ideológica.

Empeñado en desterrar la imagen de Roma como *polis tyrrenis* en el siglo VI y, más concretamente, que su acceso al nivel urbano sea producto directo de esta impronta etrusca, T.J. Cornell niega toda relación de Tarquinio Prisco con los grandes cambios que se suceden en torno al año 600: «We may begin by observing that the main support for this imposing construction is the fact that the transformation of the city which archaeology reveals in the later years of the seventh century BC coincides with the traditional date for the accession of Tarquinius Priscus. Remove this chronology prop, and the whole edifice collapses»³⁶. De acuerdo con esta idea, Cornell lleva el inicio del reinado de Tarquinio Prisco al segundo cuarto del siglo VI y atribuye tales transformaciones a la obra de los reyes latinos, según veíamos con anterioridad. Sin embargo, si el punto de partida de la interpretación de Cornell es exacto, pues Roma nunca fue una ciudad etrusca, lo que no me parece acertado es modificar la cronología del primer Tarquinio, proponiendo una nueva en que en el fondo puede resultar incluso más arbitraria que la que pretende sustituir. Pero incluso situándonos en la misma perspectiva anti-etrusca de Cornell, tampoco es por completo necesario llegar a similares conclusiones, pues cuando Tarquinio fue elevado al trono de Roma, ya no era un etrusco, sino un romano –aunque procedente de Etruria– que actúa sobre un medio ya definido, en una continua dialéctica entre tradición e innovación³⁷.

La cronología tradicional del reinado de Tarquinio Prisco, entendida en sentido amplio –es decir, finales del siglo VII y comienzos del siguiente–, se ve avalada en mi opinión por indicios procedentes de diversas vías. Así, el sincronismo entre su reinado y la fundación de Massalia, mencionado por Justino y que sin duda deriva de fuentes massaliotas³⁸. Pero son sobre todo ciertas convergencias, no confirmaciones, entre el material arqueológico y algunas noticias de las fuentes

³⁴ Como se sabe, Fabio Pictor situaba la fundación de Roma en el año 748 a.C. (FABIO, fr. 6 P = fr. 8 Ch. [= DION., 1.74.1; cf. SOLIN., 1.27]) y no mencionando otro rey además de los ya conocidos, su cronología de la época monárquica no debía variar sensiblemente respecto de la vulgata. Por tanto, no puedo compartirla la opinión de O. DE CAZANOVE, *La chronologie des Bacchiades et celle des rois étrusques de Rome*, p. 641, cuando dice que “la chronologie relative de Fabius Pictor, convertie en dates absolues, fixe le début de la monarchie étrusque vers 580/570 av. J.-C.”. De ser así, no se comprendería la larga digresión de DIONISIO (4.6-7) acerca de la cronología de estos reyes y de sus reinados para justificar su rechazo de la relación padre-hijo que unía a ambos Tarquinius.

³⁵ Cf. R.M. OGILVIE, *Early Rome and the Etruscans*, Glasgow, 1976, p. 71: “There is no evidence to control such speculations”.

³⁶ T.J. CORNELL, *The Beginnings of Rome*, p. 122.

³⁷ Cf. J. MARTÍNEZ-PINNA, *Tarquinius Prisco*, pp. 85 ss.

³⁸ IUST., 43.3.8. Este dato es también recogido en LIV., 5.34; CASS., *Chron.*, 88. Asimismo Timeo fechaba la fundación de Massalia hacia el año 600: TIMEO, *FGH* 566 F71 (= Ps.-Skymn., 209). Sobre el particular, M. SORDI, *Timagene di Alessandria: uno storico ellenocentrico e filobarbaro*, *ANRW* II.30.1, 1982, pp. 780 ss.; J. MARTÍNEZ-PINNA, *Tarquinius Prisco*, pp. 19 s.

literarias las que, con no escasas posibilidades de certeza, llevan a situar a comienzos del siglo VI el reinado de Tarquinio Prisco. Por ejemplo, las reformas en el colegio de las vestales y en el Senado no pueden dejar de ponerse en relación con la radical transformación que en esos mismos años experimentan respectivamente las áreas de la *aedes* y *atrium Vestae* y del Comicio. O la propia existencia de un templo a Júpiter Capitolino anterior a la gran construcción de finales del siglo VI, imprescindible en la definición de Roma como ciudad. Ciertamente no hay prueba arqueológica incontestable sobre tal edificio sacro para una fecha tan antigua³⁹, aunque sí de la remodelación del área con un objetivo religioso, como lo muestra la favisa⁴⁰. Pero la existencia del templo se intuye por razones de coherencia ideológica, pues su presencia es inseparable de las ceremonias del triunfo y de los *ludi Romani*, cuya creación es atribuida casi unánimemente a Tarquinio Prisco⁴¹.

Aunque no a partir de los mismos argumentos, me parece acertado seguir a M. Pallottino cuando habla de un “período de Tarquinio Prisco” en referencia a los decenios iniciales del siglo VI, de igual manera que la expresión “período serviano” puede aplicarse a los decenios centrales de ese mismo siglo⁴². La primera de estas fases asiste a un hecho fundamental, el paso de Roma a una estructura cívica, lo cual conlleva transformaciones institucionales e ideológicas de enorme trascendencia. En opinión de Cornell, el reinado de Tarquinio Prisco no supone ruptura alguna en la evolución de la monarquía romana, sino que se trata de una interpretación moderna sin apoyo en las fuentes; este cambio no llegaría sino con Servio Tulio⁴³. Sin embargo, no creo que sea éste un juicio del todo exacto, sino consecuencia de la excesiva revalorización actual de la figura de este último rey. El siglo VI está lleno de rupturas. Si Servio creó un nuevo esquema socio-político, propio de una estructura cívica, con Tarquinio Prisco se define previamente una estructura cívica dotada de una nueva institución monárquica, que en no pocos aspectos rompe con la tradición anterior y anuncia al magistrado republicano.

³⁹ Hace años sugerí que las terracotas arquitectónicas de primera fase procedentes del área de la Protomoteca, vinculadas topográficamente a la favisa e integradas en un programa decorativo coincidente con los del Comicio-*curia Senatus* y primera fase de la Regia, podrían corresponder a un primitivo templo de Júpiter: J. MARTÍNEZ-PINNA, Evidenza di un tempio di Giove Capitolino a Roma all’inizio del VI sec. a.C., en *ArchLaz IV* (QuadAEI 5), Roma, 1981, 249-252; véase asimismo G. COLONNA, Tarquinio Prisco e il tempio di Giove Capitolino, *PdP* 36, 1981, 41-59. El mismo T.J. CORNELL, *The Beginnings of Rome*, p. 102, admite la posibilidad de la existencia del templo a comienzos del siglo VI, pero sin relación alguna con Tarquinio Prisco.

⁴⁰ Las últimas exploraciones arqueológicas muestran en el área del Giardino Romano la existencia de una fase de habitación hasta mediados del siglo VI, cuando se inician los trabajos para los cimientos del gran santuario: A. DANTI, L’indagine archeologica nell’area del tempio di Giove Capitolino, *BCAR* 102, 2001, pp. 328 ss. La favisa de la Protomoteca, sin embargo, se fecha en el orientalizante reciente (J. MARTÍNEZ-PINNA, *Tarquinio Prisco*, p. 47, con bibliografía).

⁴¹ Acerca de estas cuestiones, J. MARTÍNEZ-PINNA, *Tarquinio Prisco*, pp. 177 ss. Similar argumento ya fue invocado por E. GJERSTAD, The Origins of the Roman Republic, en *Les origines de la République romaine*, Vandoeuvres, 1967, pp. 11 ss., aunque no veo la necesidad de atribuir a Tarquinio Prisco el gran santuario posterior, obra de Tarquinio el Soberbio (cf. P.M. MARTIN, Architecture et politique: le temple de Jupiter capitulin, en *Présence de l’architecture et de l’urbanisme romains*, Paris, 1983, pp. 12 s.).

⁴² M. PALLOTTINO, *Origini e storia primitiva di Roma*, p. 204.

⁴³ T.J. CORNELL, *The Beginnings of Rome*, pp. 127 ss.